

cia, esquematizado y distorsionado por las pautas literarias e ideológicas del autor de turno. ¿Qué datos o qué aspectos de interés histórico se alcanzan a ver a través de esta literatura llena de tópicos de la Segunda Sofística? Pues probablemente más de los que a primera vista puede dar a entender la obra de Anderson, porque los tópicos y la retórica también se adaptan a las circunstancias y van adquiriendo un significado renovado a partir del contexto histórico-literario en el que se utilizan. Un ejemplo –se podían aducir otros muchos que atenderían a otros aspectos del problema– quizás pueda expresar con mayor claridad algo de lo que quiero exponer. Cuando Anderson trata el debate sobre la realeza que ante Vespasiano tuvieron Apolonio, Eufrates y Dion de Prusa (V, 32-37), se limita a señalar que el debate nos remite a Heródoto (III, 80-84) (p. 129). Esto es cierto y es muy probable que el modelo de la discusión de Otanes y Megabizo ante Darío influyera en estos pasajes de la *VA*. Existían además los modelos helenísticos en los que los sabios respondían y opinaban sobre cómo debía ser el buen rey. Sin embargo, de forma complementaria se hubiera debido tener en cuenta que mientras escribía Filóstrato tenían lugar profundas transformaciones en la concepción de la manera en la que debía ser ejercido el poder imperial y que, por tanto, un *speculum principis* como el que se atribuye a Apolonio se justifica y entiende mejor como reflejo de un debate sobre el modelo de buen emperador que entonces, a principios del S. III a.C., estaba teniendo lugar (M.A. Giua, “Clemenza del sovrano e monarchia illuminata in Cassio Dione 55, 14, 22”, *Athenaeum*, 59 [1981], pp. 330-332; M. Mazza, “L’intellettuale como ideologo: Flavio Filostrato ed uno “speculum principis” del III secolo d.C.” en *Governanti e intellettuali. Popolo di Roma e popolo di Dio [I-VI secolo]*, Turín, 1982, pp. 102-111). Confirma además esta posibilidad la insistencia de autores de la época en un modelo prácticamente coincidente del buen príncipe (F. Gascó, “Buenos y malos emperadores en Casio Dion” en J.M. Candau, F. Gascó y A. Ramírez de Verger [eds.], *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid, en prensa).

Evidentemente no siempre el contexto –el del autor que escribe y el de aquello sobre lo que se escribe– facilita una aclaración, pero como perspectiva general, que se irá adaptando a las distintas noticias, pasajes y obras, conviene tenerlo siempre presente como un dato necesario que puede completar las explicaciones que los modelos literarios anteriores y/o contemporáneos ofrecen.

FERNANDO GASCÓ

A. ALONI, *Tradizioni arcaiche della Troade e composizione dell' Iliade*, Milán, Unicopli (Materiali Universitari, Lettere, 64), 1986, 132 págs.

El estudio de los poemas homéricos constituye sin duda un tema privilegiado dentro de la Filosofía Clásica y, dentro de él, la llamada “cuestión homérica”, suscitada a su manera por los eruditos alejandrinos y formulada de modo explícito en el siglo XVII, sigue vigente, con distintos enfoques, hasta nuestros días. Basta para convencerse con mirar las páginas correspondientes en cualquiera de los volúmenes de *l'Année Philologique*. Hasta hace relativamente poco tiempo, sin embargo, el problema permanecía al margen de las preocupaciones de los historiadores. Para éstos, era suficiente con utilizar los poemas como fuente histórica, con compararlos con los datos pro-

cedentes de la arqueología y, más adelante, de las tablillas micénicas y, como mucho, con plantearse la validez de su utilización para el conocimiento de la época a que parecían referirse. Afortunadamente, las perspectivas se han transformado y en ello han desempeñado un importante papel las conocidas teorías de Finley sobre "el mundo de Odiseo", objeto de un libro publicado por primera vez en 1954 y difundido ampliamente en traducciones a todas las lenguas modernas.

Ahora, el problema estriba en cómo puede captarse la historia a través de un género literario en que resulta imposible desligar con claridad lo que, desde el punto de vista de sus redactores o autores definitivos, forma parte del presente y lo que pertenece, para ellos mismos, a un pasado remoto. Que la épica como género originariamente oral ha experimentado a lo largo del tiempo una serie de transformaciones acordes con la evolución histórica, es algo ya normalmente admitido. Para llegar a profundizar en los mecanismos con que funcionan tales transformaciones resulta imprescindible la colaboración íntima entre los estudios históricos y el análisis literario y lingüístico de los poemas en su forma definitiva. Hay que reconocer que, hasta ahora, la aportación procedente de estas últimas disciplinas es mucho más rica que la de los historiadores, tal vez porque, en cierta medida, continúan buscando una realidad, correspondiente ésta al siglo VIII o a cualquiera de los momentos anteriores hasta llegar al final mismo del mundo micénico.

A. Aloni parte del campo de la historia de la literatura, pero también de la comprensión de que el fenómeno literario se encuentra históricamente determinado. Por ello, sabe que importa menos la localización cronológica de cada uno de los datos citados que las diversas adaptaciones que se han llevado a cabo sobre ellos por medio de sutiles e inconscientes manipulaciones, tendentes a adecuarse a los nuevos públicos, en circunstancias históricas cada vez renovadas. El mito, núcleo fundamental del género épico, posee, entre sus múltiples funciones, todas ellas "verdaderas" según las diversas lecturas que se hagan de él, la de legitimar la realidad presente, el pasado inmediato y los proyectos futuros, gracias al apoyo en un pasado remoto y prestigioso. Problemas como el de "el poeta y su público" y la función social de la literatura resultan, a partir de aquí, profundamente enraizados en las preocupaciones de aquel historiador que trate de comprender la relación, nunca lineal, entre la fuente y la realidad. Las relaciones entre la literatura y la historia deben estudiarse en las dos direcciones complementariamente.

El libro de Aloni está formado por una serie de complejas argumentaciones, donde intervienen múltiples factores diversos y a veces contradictorios. El autor nos conduce a través de un camino que, a pesar de su complejidad, resulta cómodo; gracias a la perfecta armazón de los argumentos y a la coherencia del conjunto, de tal modo que se va configurando una especie de "intriga" hasta llegar a las conclusiones generales. La cohesión de todos los elementos dialécticos que componen el razonamiento impide cualquier clase de resumen o síntesis. Aun así, a riesgo de caer en el esquematismo deformante, no vamos a renunciar a intentarlo.

Aloni cree en la teoría que defiende que, en la elaboración definitiva de los poemas, ha desempeñado un importante papel de redacción pisistrática, que tendría en cuenta, principalmente, la versión jónica. Tal redacción, sin embargo, lleva a cabo una serie de manipulaciones y ocultamientos que afectan sobre todo a la figura de Teseo, relacionada con las familias aristocráticas atenienses adversarias del tirano. De hecho, existían otras tradiciones, en que el papel de Teseo y sus familiares es preponderante

y que se dan a conocer a través de la cerámica pintada y de los temas de la tragedia, en este caso acondicionado como fundador de la democracia y de la potencia ateniense.

El puente de enlace con Asia Menor se encuentra precisamente en Sigeo, bajo control pisistrática, pero también punto de partida para las aspiraciones atenienses en el interior de la Tróade, cuya legitimación se encontraba en las tradiciones referidas a la familia de las Teseidas. Los nombres de éstos, sin embargo, se encuentran, en la épica, vinculados a los troyanos, en una época, desde luego, en que no se ha creado la identificación de éstos con los bárbaros, procedente de los peligros aparecidos con el expansionismo persa. Son precisamente los Dardánidas los protagonistas de la versión épica que puede detectarse entre los lesbios, portadora de la tradición eólica perdida. Eneas y sus descendientes, al igual que los Teseidas, desempeñan un papel contradictorio y distorsionado, reflejo de la tradición anterior que ha quedado constreñida dentro de la versión definitiva. Eolios y atenienses mantienen en la Tróade unas relaciones de vecindad más bien conflictivas, que se reflejan en la dinámica de influencias y rechazos que los temas respectivos ofrecen en los poemas. La poesía lírica lesbica, así como los fragmentos de la historiografía arcaica, muy próxima al mito y a la épica, recogen los retazos de una tradición épica de origen eólico.

La realidad histórica no permite esquematismos y, así, el autor destaca que, a pesar de detectar dos tradiciones diferentes, entre ellas existen constantes influencias, hasta el punto de que no es posible aislar los elementos de forma definitiva. El análisis literario, formulario y lingüístico, permite relacionar la diversidad del hecho literario con la realidad histórica. De otro lado, el estudio de las circunstancias históricas permite llegar a conclusiones fundamentales para superar la polémica entre unitarios y analistas en el problema de la composición de los poemas homéricos. En una evolución en que han intervenido tantos elementos variados, la fijación en un momento dado de una tradición viva no hace más que anquilosar el proceso histórico en un punto determinado, donde la innovación y la tradición se mezclan de modo indisoluble para desempeñar papeles diversos, con una libertad cuyos únicos límites se hallan en las reglas métricas y formularias y en la verosimilitud para un público preocupado, más que del pasado mismo, de la función que ese pasado puede desempeñar como legitimador de su presente y gratificador de su propia individualidad integrada en la comunidad. La variada realidad de la Grecia arcaica permitía una riqueza ilimitada en la interpretación de las propias tradiciones. La fijación de los poemas significó una esclerotización, pero las tradiciones perduraron en múltiples manifestaciones culturales y los poemas mismos reflejan una riqueza hasta el momento de su fijación.

En definitiva, que la realidad "actual" haya influido en la configuración definitiva de los poemas no los invalida como fuente histórica, sino que se convierten, en esta perspectiva, en la fuente de una realidad más variada y amplian el campo de su aplicación, pues su estudio penetra en realidades más dinámicas y profundas de las sociedades humanas y de las mentalidades colectivas.

DOMINGO PLÁCIDO

JORGE LOZANO; *El discurso histórico*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, 223 págs.

La historia como ciencia de lo total humano, en lo que se refiere a sus objetivos, requiere la utilización de todas las ciencias que se refieren al hombre. Difícil es hacer buena historia cuando el especialista se aleja de los saberes contenidos en la filosofía o pretende no tener en cuenta los logros de la filología, esto de una manera especial cuando el tema de investigación es la historia antigua. En este mismo campo, el único modo de dar una visión completa de determinadas épocas es acercarse a los problemas planteados por la historia del arte y las concepciones estéticas de sus protagonistas. La poesía lírica es, para dar un ejemplo concreto, indispensable para conocer el sentido del arcaísmo griego. Ciencias colaterales y técnicas procedentes de otros campos son, en definitiva, los instrumentos básicos para alcanzar un conocimiento total de la realidad representada por las colectividades humanas. En este último aspecto, en el técnico, si en la época de Hegel todo historiador se sentía vinculado de un modo o de otro al idealismo alemán o, más recientemente y en una posición aparentemente opuesta, el positivismo científico, en tiempos más próximos, el historiador ha de considerar cuáles son los caminos que pueden abrirsele con vistas a un conocimiento más completo y más "actual" del pasado. Todo ello si se parte del hecho de que el conocimiento del pasado es siempre actual y sólo progresa en tanto en cuanto es cada vez más actual.

La aportación al conocimiento histórico desde fuera de la historia resulta por ello algo enormemente enriquecedor. Cerrarse, en cambio, a que la historia sólo sea hecha por y para historiadores y pretender que sus avances provengan de quienes sólo conocen la historia de un modo herméticamente profesional deriva probablemente hacia un callejón sin salida. Ciencias como la semiótica y la teoría de la comunicación están en disposición de abrir puertas o, por lo menos, de ofrecer vías alternativas que el historiador puede elegir o rechazar tras un proceso de reflexión y discusión, no desde un punto de vista previamente cerrado a la posible novedad. Han de tomarse como una especie de estímulo, reto o, por lo menos, tema de posible debate y tal vez de rechazo razonado. Esta es la actitud previa, válida, para el historiador ante un libro como el de J. Lozano.

Hay que reconocer que, en su primera parte, el libro no pasa mucho de ser lo que habitualmente se hacía para las memorias de oposiciones, con dos salvedades. La primera, la consistente en que existen determinados análisis historiográficos no siempre presentes en dichos escritos, pero también, la segunda, en que se nota en exceso, para los historiadores del pasado, la utilización de la bibliografía de segunda mano. El análisis de Heródoto y de Tucídides, por ejemplo, es claramente insuficiente, incluso desde los criterios utilizados por el autor. Es preciso reconocer, con todo, que éste no es el objetivo del libro, pero también, en honor a la verdad, que un análisis más profundo evitaría ciertas afirmaciones superficiales que oscurecen la historia del discurso histórico mismo.

En cambio, al menos para el lector que no esté muy al corriente de las tendencias del análisis textual, el capítulo referido al documento histórico puede serle de mucha utilidad, no sólo como aproximación a problemas, sino también para abrir puertas hacia una mejor comprensión de los límites y posibilidades de su propio trabajo, límites y posibilidades que son en realidad dos caras de la misma realidad, del reconocimiento de que la utilización del dato no puede ser fetichista, pero también de que el análisis textual puede facilitar el acceso a realidades más profundas. El conocimiento del estatus social de un texto facilita el conocimiento de la realidad social más que el análisis